

siguió, en junio de 1382, apoderarse de Wilna, capital del gran ducado. La traición **diezmó** las filas de los partidarios de Kestuit, quien, con fuerzas todavía muy considerables, se encontró frente á frente de su sobrino junto á las murallas de Troki, pero fué engañado por Jagellon, que en todas ocasiones apelaba á la traición, con la misma perfidia de que en otro tiempo se había valido Enrique V contra su padre.

Jagellon, en su niñez y en su juventud, había intimado estrechamente con Witold, hijo de Kestuit, y á éste hizo, por medio de su hermano Skirgiello, engañosas proposiciones de paz. Cuando padre é hijo, ajenos á todo cuidado, fueron á estrechar la mano que se les tendía, Jagellon, aprovechándose de su confianza, aniquiló su ejército é hizo prisioneros á los 5,000 hombres que habían acompañado á Kestuit. A éste y á su hijo Witold mandó conducir á Wilna y una vez allí fueron cargados de cadenas. El anciano Kestuit, que contaba mas de ochenta años, fué encerrado en la torre-cabozo de Krewa, donde apareció asesinado á los pocos días. El magnífico entierro que le hizo Jagellon no pudo acallar las voces de los que le designaban como asesino de su tío,



Sello de Kestuit (Kynstutte), duque de Trakehn, como pagano (segun Vossberg).

tanto menos cuanto que las muchas violencias por él cometidas posteriormente demostraban que no retrocedía ante crimen alguno. Toda la familia de Kestuit iba á ser aniquilada. Witold fué encerrado en la misma cárcel de Krewa en que había sido asesinado su padre. Biruta, esposa de Kestuit, fué ahogada; su padre y su hermano ejecutados, y en cuanto á Witold hubo de agradecer el no sufrir igual suerte á la audacia y astucia de su esposa, que le facilitó los medios de huir y encontrar seguro refugio en Masovia contra las asechanzas criminales de su primo. Desde allí entabló negociaciones con el gran maestre de la orden teutónica y auxiliado por éste intentó recuperar en Lituania el terreno perdido. Conrado Zolner de Rotenstein le prometió, en 1.º de enero de 1384, su auxilio para reconquistar la herencia de su padre, y la orden, creyendo que podía estar segura de él, le confió una porción de castillos. Pero también él fué muy pronto traidor, pues en el mismo año 1384 entregó á su primo la importante plaza de Georgenburg, en el Niemen, y á cambio de la promesa de guardar fidelidad á Jagellon obtuvo la Podlaquia, país fronterizo de Masovia, y algunos territorios. Los lituanos devastaron de una manera inaudita el país de la orden teutónica, para la cual fué una pérdida irremplazable la de la plaza de Marienwerder, tan heroicamente defendida. La orden, despues de ver que las negociaciones pacíficas con el príncipe lituano no daban resultado alguno, se aprestó á tomar sangrienta venganza. Fortalecida con los refuerzos que le llegaron de Alemania, penetró hasta muy adentro de Lituania, que solo á fuerza de grandes trabajos pudo defenderse del enemigo. Era indudable que la guerra

adquiriría mayores proporciones. Jagellon necesitaba un poderoso aliado y no habría podido encontrarlo mejor que en Polonia, donde estaba todavía vivo el odio á la orden, heredado desde los tiempos de Lokietek, y donde los magnates de la Pequeña Polonia tenían como fin político supremo el combatirla.

Sin embargo la alianza de Polonia solo podía conseguirse mediante tres condiciones: que Jagellon se hiciera católico; que tomara por esposa á Eduvigis y que asegurara las libertades de la nobleza polaca, especialmente las de los señores de la Pequeña Polonia; con esto el éxito era seguro.

Tiempo hacia que se seguían las negociaciones sobre estas cuestiones importantes. Poco despues de la coronación de Eduvigis, una embajada polaca ofreció al gran duque Jagellon la corona con la mano de la joven reina, bajo condiciones que en lo esencial eran las mismas que hemos indicado. Ya á principios del año 1385 llegó á Cracovia una embajada lituana presidida por Skirgiello, que solicitó en toda forma la mano de Eduvigis. Jagellon prometía ingresar con sus hermanos y parientes, no bautizados todavía, con toda la nobleza y con todos los habitantes, así de la clase alta como de la baja, de su país en el seno de la Iglesia católica; destinar todos sus tesoros al provecho de ambos reinos; pagar 200,000 florines de indemnización para que se derogasen los pactos matrimoniales firmados con Guillermo de Austria; indemnizar todos los perjuicios y despojos causados al reino polaco, fuera cual fuese la causa que los hubiese producido; poner en libertad á todos los prisioneros de las dos razas que durante la guerra habían caído en poder de los lituanos, y por último, unir para siempre sus territorios lituanos y rusos á la corona de Polonia (1).»

Las promesas, verdaderamente magníficas, hechas para el caso de que Eduvigis concediera su mano al gran duque de Lituania, merecen ser examinadas mas detenidamente.

El ingreso en el cristianismo era, especialmente desde que con Kestuit había sucumbido el último representante digno del paganismo, un paso que Lituania no podía rehuir por mas tiempo: no se trataba, pues, mas que de darlo mas ó menos tarde y de la forma en que se ingresaría en aquella religion. Si se examina el curso anterior de la historia lituana se verá, con toda probabilidad, que el cristianismo, en su forma oriental, se extendió triunfante desde Rusia por las selvas del Niemen y del Dnieper. Siendo una gran parte de los príncipes lituanos católico-griegos, nada diremos de los muchos príncipes ruso-lituanos de los países conquistados. El hecho de que Jagellon, á pesar de esto, escogiera la religion católico-romana significa que quería separarse por completo de las tendencias que Olgerdo había impreso á la política de Lituania. Lo que hacia era un cambio completo de frente, siendo muy dudoso que la senda emprendida á la sazón por Lituania fuese la verdadera. Preparábase un movimiento nacional que, desde el momento en que estaba impulsado por la cultura de Occidente, había de ser mas rápido que si lo hubiera informado la civilización oriental. El curso ulterior de la historia lituana, tal como la hemos estudiado enlazada con Rusia, demuestra una continua retirada respecto de ésta, y ya sabemos que la causa principal fué la religiosa.

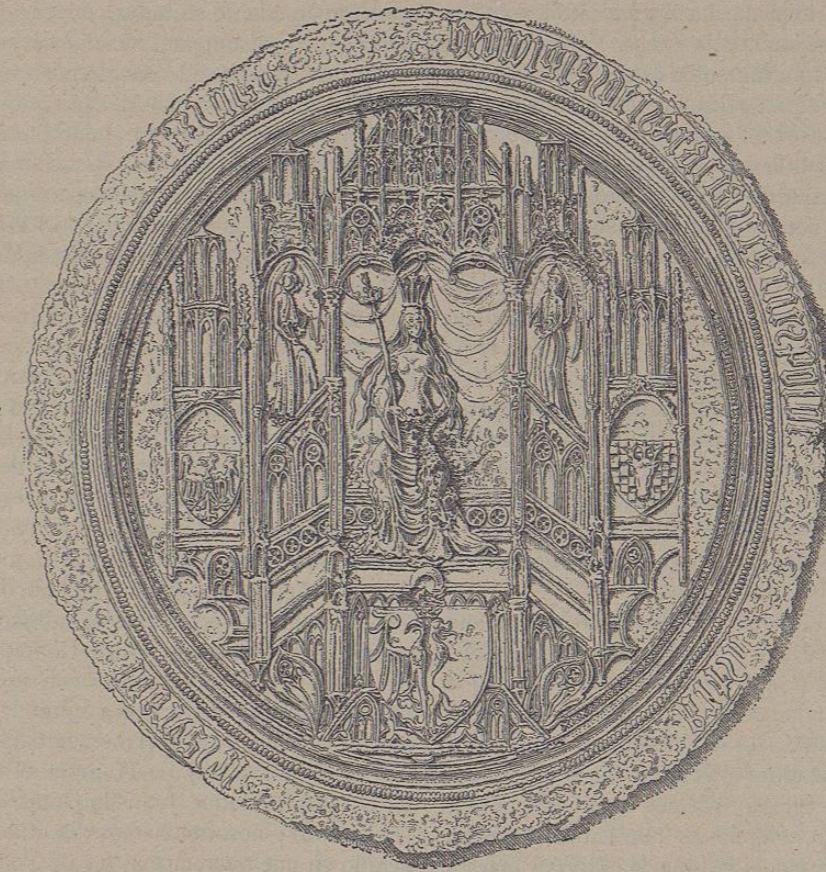
Consecuencia de este cambio sistemático fué la promesa que hizo Jagellon de reconquistar lo que Polonia había perdido y de unir á la corona polaca sus territorios lituanos y rusos: lo primero significaba la guerra entre Polonia y la orden, y lo segundo la entrega de Halicz y Wladimir á la colonización de la Pequeña Polonia. Siendo lo primero un cebo

(1) Caro, tomo II, pág. 490.

para los antagonismos nacionales todavía subsistentes que había de influir en toda la Polonia, el príncipe se aseguraba la adhesión de la poderosa nobleza de la Pequeña Polonia, pues abría para ella un territorio que ofrecía ancho campo á la adquisición de riquezas y de poderío. Absurdo sería creer que la reunión de todas estas circunstancias fué obra de la casualidad: Jagellon sabía lo que hacia y sus ofrecimientos no eran probablemente mas que la fórmula concreta de las exigencias que había expuesto la primera embajada polaca.

Ya se comprenderá, pues, que Eduvigis y su madre Isabel solo fueran consideradas en segundo término: ninguna de las

dos formuló una negativa rotunda y en cuanto á la tentativa que hizo Guillermo de Austria para conquistar por sorpresa un puesto que no ofrecía esperanza alguna, fracasó por completo. Eduvigis, de todos abandonada, se decidió por fin á dar el sí (1). Duglosz refiere que Eduvigis había oído de labios de un confidente suyo que el príncipe lituano era de aspecto simpático y hombre digno: en cuanto al hecho de sus varios asesinatos, el bautismo borraría toda mancha. Las negociaciones prosperaron de tal suerte, que en 12 de febrero de 1386 Jagellon pudo hacer su entrada en Cracovia. Tres días despues fué bautizado y á los tres días se le dió por esposa á



Sello del trono de la reina Eduvigis.

Estampado en cera con cordones de seda verde y encarnada, en un documento de 1386. En él se vé á la reina con el cetro y la corona sentada en un trono magnífico construido en forma de altar y con preciosos adornos arquitectónicos. En los dos nichos inmediatos al trono hay dos ángeles, y en los dos que siguen á éstos se ven escudos, á la derecha el águila coronada de Polonia y á la izquierda el escudo de Kalisz con la cabeza coronada de toro en el campo. A los piés de la reina se ostenta el gran escudo de Cuyavia (media águila y medio leon coronados y adheridos por la espalda). El sello está perfectamente trabajado, pero la acción del tiempo lo ha deteriorado bastante.—De la inscripción, escrita en hermosas minúsculas, solo se conserva lo siguiente: ... HEDWIGIS / DEI / GRACIA / REGINE / POLON... N / TRA (Terrarum) / LE / SPRADI... / M....

Eduvigis. De igual fecha data la confirmación de los privilegios y derechos polacos. En 4 de marzo, ciñó por fin Jagellon la corona de Polonia con el nombre de Wladislao IV.

CAPÍTULO XVIII

EL REY WLADISLAO JAGELLON (2)

El rey Wladislao, poco despues de su coronación, salió de la capital para recorrer todo su reino polaco y para lograr que en la Gran Polonia se reconociera el cambio político que ya había sido reconocido en la Pequeña Polonia. El

día 18 de abril le encontramos en Peisern; el 5 de mayo en Gnesen y á fines de agosto en Korezyn, habiendo conseguido un gran triunfo con la reconciliación entre la Grzymala y la Nalecz. El principal perturbador de la paz, Bartosz, tuvo que emigrar del país y aun cuando Domarat continuó de castellano en Posen, fué ésta una concesión hecha á la nobleza de la Gran Polonia; pero tuvo que renunciar á la starostia general. Consecuencia de ello fué el espontáneo reconocimiento de Wladislao, el cual tranquilo en esta parte regresó en 1387 á Lituania acompañado de gran número de señores polacos y de sacerdotes católicos de Polonia que le siguieron hasta Wilna, donde, en 17 de febrero del propio año, fundó un obispado para Lituania. A éste obispado estaban sometidas siete iglesias parroquiales: Wiedniki, Mejszagole, Wilkomierz, Niemenzyn, Krewa, Hajnowa y Obolec, que fueron las prime-

(1) Pasamos por alto las negociaciones que entretanto se entablaron.
(2) Véase para lo relativo á este capítulo la excelente obra de Brzyski (§ 52), que sin embargo debe ser consultada con cuidado.

ras ciudades lituanas donde se implantó el culto cristiano según el rito católico. El paganismo, ya herido de muerte, se descompuso a la vista de la cruz sin oponer resistencia, y aun cuando por de pronto la obra de conversión, emprendida con talento y energía, solo se extendió a aquellos territorios que se encontraban directamente sujetos a la obediencia del rey y de su hermano Skirgiello (Wilna, Plock y Troki), quedando fuera de ella la Samogitia, era solo cuestión de tiempo el conseguir que los bosques de este país dedicados a las divinidades quedaran sometidos a la Iglesia. La fuerza de las disposiciones jerárquicas católicas mostróse allí en toda su plenitud, y el rey en persona se ocupó en favorecer por todos los medios posibles la obra iniciada. La Iglesia católica encontróse en seguida en oposición con la griega. Esperábase que con la prohibición de los matrimonios entre católicos y griegos se conseguiría ganar terreno de un modo lento pero seguro, y los magnates polacos tenían sobrado talento para atraer a su causa a los boyardos lituanos. A su influencia se debió que Jagellon, por privilegio de 20 de febrero de 1387, pusiera en igual condición a estos últimos y a aquellos, iniciando con ello aquella mezcla sin ejemplo en la historia de la nobleza de dos pueblos tan diferentes bajo el punto de vista histórico y nacional. En lugar del despotismo autocrático que hasta entonces había predominado y que había unido a todos en una misma libertad é inseguridad, encontramos una organización basada en el derecho y en los privilegios que destruyó de un solo golpe todo el sistema feudal lituano hasta aquel momento existente. El fundamento de toda civilización, es decir, la desigualdad de clases sentó su planta en Lituania: en el curso de nuestra narración tendremos ocasión repetidas veces de conocer las consecuencias de este cambio en extremo repentino y directo.

La cristianización de Lituania y la unión personal lituano-polaca (pues nada más se había conseguido por de pronto) afectaban principalmente a la orden teutónica, a la cual se quitaba de repente el fundamento que justificaba su existencia, cual era la lucha contra los infieles, pues éstos habían dejado de serlo, convirtiéndose el enemigo de la cristiandad en hijo predilecto de la Iglesia. Además la orden conocía a Jagellon lo bastante para comprender que había de comenzar contra ella una lucha por la existencia. El gran maestro no había aceptado la invitación que el rey le había hecho para que asistiera a las fiestas de Cracovia como testigo de bautizo y convidado a la boda, y no la había aceptado previendo, con razón, que el astuto lituano aprovecharía su ausencia para invadir los territorios de la orden. El maestro buscó aliados por todas partes para reunir bajo su dirección los elementos hostiles a Polonia y Lituania. Los príncipes de Pomerania formaron con él una alianza ofensiva y defensiva; se robustecieron las relaciones con Ziemowit de Masovia; los bailiats de la orden fueron puestos en buen estado de defensa y se estrecharon los lazos de unión con los príncipes de Plock y de Smolensko. En 1386 estalló por todos lados la guerra, pero los dos príncipes que representaban al elemento ruso, descontento con aquella evolución, sufrieron una completa derrota. Los «viajes» de la orden a Lituania fueron de muy escaso éxito, y con Pomerania ocurrieron diferencias muy desagradables, sin culpa alguna por parte de la orden. La situación pareció presentar mejor aspecto cuando en 1390 Witold se separó de su real primo inclinándose a favor de la orden. El hijo de Kestuit no podía resignarse a que la dignidad de gran duque de Lituania en vez de serle conferida a él lo hubiera sido a Skirgiello: esto, agregado a que todo hacía sospechar que se le reservaba la misma suerte de su padre, le movió a ofrecer por segunda vez su apoyo a la orden, dando a ésta rehenes y garantías de que su rompimiento con

Jagellon sería definitivo. La orden aceptó confiada el ofrecimiento; pero las campañas de 1390 y 1391 fueron de escaso y transitorio éxito: en 1392 el estado interior de Lituania ofrecía tal aspecto que hizo desear al rey una reconciliación con Witold. Skirgiello no había sabido arraigar en Lituania su dignidad de gran duque, y como además no se mostraba bajo el punto de vista militar a la altura de la misión que le estaba confiada, Jagellon ofreció aquel cargo a Witold, proponiéndole que si abandonaba la orden y se unía leal y definitivamente a él le cedería toda la Lituania, le daría a Wilna como residencia y le entregaría todas las demás fortalezas del país. No es de extrañar que Witold aceptara la proposición en cuanto se hubo convencido de que el rey se la hacía muy formalmente. Su alianza con la orden era cosa antinatural, y habiendo nacido por causa de su propia ventaja, debía romperse por análogos consideraciones.

Con una deslealtad y un menosprecio, casi podríamos llamar cándido, de toda consideración moral que llegaron a causar indignación en aquella época tan rica en infidelidades, realizó en 1392 la evolución: el rey Wladislao consideró que le convenía en alto grado cumplir la palabra con Witold empeñada. Este acontecimiento constituía un gravísimo peligro para la orden, la cual, bajo la impresión de la indignación por aquella traición causada, aceptó la oferta de aquel Wladislao de Opele a quien hemos conocido como gobernador de las provincias rusas y como vicario temporal del reino de Polonia en tiempo de Luis de Hungría. Esta oferta consistía en tomar en hipoteca el territorio de Dobrin mediante el pago de 50,000 florines. El gran maestro rechazó otro plan más vasto, concebido también por el intrigante duque de Opele, que consistía en una división de Polonia, según podemos ver en un documento auténtico del gran maestro (1).

«Habiendo él (el duque Wladislao) permanecido algún tiempo entre nosotros, — dice Conrado de Wallenrode, — y habiendo hablado y discutido con nosotros de este asunto (el del convenio de hipoteca sobre Dobrin) hasta su terminación y siendo llegado el momento de separarnos, se levantó y dijo: «Señor: el rey de Hungría, el margrave de Moravia (Procopio), el duque Juan de Gorlitz, el duque de Austria (Leopoldo) y nosotros hemos discutido acerca de ello y convenido en que queremos al rey de Polonia. Para esto quiere nuestro señor, el rey de Bohemia, ayudarnos, y la opinión de los citados señores es que debéis también vosotros prestar a ello vuestra ayuda.» A esto repusimos diciendo: «Señor, no sabemos qué contestar a eso.» El duque replicó: «Señor, no sabéis cuáles son los designios de los soberanos: se proponen que no haya ningún rey de Polonia y que todo lo que esté aquende Halicz, incluida la Masovia, pertenezca a Prusia y todo lo de allende, Cracovia, Sandomir, Leczyz, Reussen y el resto del territorio arriba sea de Hungría: en cuanto a las comarcas desde el Warthe hacia acá (Oeste), deben pertenecer a la Marca y a nuestro soberano, el rey de romanos.» El maestro contestó: «Hemos firmado paz eterna con Polonia, y esta paz ha sido rota contra nosotros; pero dénnos nuestro Santo Padre, el Papa, la cruz y nuestro señor, el rey de romanos, la espada y prométnosnos que lo que hagamos por el derecho nos será considerado como tal y lo haremos en la medida de nuestras fuerzas.» Ante la manifestación del duque para que la orden enviara para este asunto una embajada a Hungría, contestó el maestro que solo podía hacerlo después de haberse aconsejado con sus superiores y que era peligroso enviar emisarios con los sellos y con plenos poderes, pues fácilmente podían ser hechos prisioneros. «A lo último repuso él (Wladislao): «Perfectamente, hablaremos de

(1) *Codex maj. Pol.* III, núm. 1940.

ello a nuestro señor el rey.» A esto contestamos nosotros: «Señor, podéis hacerlo, pero por nosotros no podéis decirle nada.» Habiéndose Wladislao negado en definitiva a dejarnos su proposición por escrito, dijo el maestro: «Debemos convenir en que la palabra no tiene fuerza alguna.»

Hoy está fuera de toda duda que el plan aventurero era una simple intriga del duque de Opele. Tal como estaban entonces las cosas el plan era irrealizable y produce una impresión agradable el hecho de que el maestro fundara su negativa principalmente en la injusticia de la empresa.

Fué una desgracia para la orden que el sucesor de Wallenrode, Conrado de Yungingen, aumentara con la compra de Neumark al luxemburgués Segismundo el antagonismo ya existente contra Polonia y Lituania, sin precaverse, por medio de un aliado de confianza, contra el peligro cada vez más amenazador (1399). Las poderosas familias nobles del país se inclinaban más hacia Polonia que hacia la orden, la cual solo se había decidido a hacer aquella funesta adquisición ante la amenaza de Segismundo de que en caso de negarse a ella vendería la Neumark a Jagellon. Con esto la situación de la orden quedó debilitada, mientras que el poder y la consideración de Jagellon aumentaban de día en día. Los pequeños príncipes parciales fueron expulsados de Lituania; la unión de los países ruso-lituanos hizo cada día nuevos progresos, y gracias a la inteligencia que, después de cien años de luchas, reinaba entre polacos y lituanos habíanse concentrado y robustecido las fuerzas de unos y otros. El rey Jagellon como soberano de Cracovia era también señor de Lituania, pero el gobierno estaba de hecho en manos de Witold, por cuyas venas circulaba una sangre parecida a la ambición del gran Khan (1). Witold había aprovechado la invasión de Timur-Lenk ó Tamerlan en Rusia para apoderarse, por medio de una desleal estratagema, de la ciudad de Smolensko, y el imperio ruso, que no podía resistir su ímpetu guerrero, hubiera sufrido todavía mayores pérdidas si la batalla de Worskla (5 de agosto de 1399) (2) no hubiera destruido el plan de Witold, que se proponía ser el heredero de los tártaros. Esta derrota tuvo como consecuencia inmediata estrechar más las relaciones entre polacos y lituanos, consignándose esto así en un documento firmado el día de Santa Prisca, virgen y mártir (18 de enero de 1401), y en el cual se regulaban definitivamente las relaciones políticas entre Polonia y Lituania (3). Una brillante asamblea de boyardos lituanos se obligó «por medio de promesa inquebrantable y contraída con toda lealtad, a ayudar con toda su voluntad y con todos sus bienes al rey de Polonia, a la corona de Polonia y a todos los habitantes de Polonia contra cualquier ataque, a no abandonarlos... nunca, antes bien a protegerlos... sin pérdida astucia (4) y a guardar fidelidad... a su provecho, a su ventaja y a su bienestar general como si fueran los propios.» «Además el rey Wladislao, por especial confianza, tomaba al príncipe Alejandro, por otro nombre Witold, como compañero de sus cuidados y le confiaba la dignidad de gran duque (*supremum principatum*) sobre la Lituania, hasta su muerte.»

Al fallecer Witold, el territorio cedido debía volver a poder del rey y únicamente éste podía ser elegido señor de Lituania. Si por el contrario falleciera antes Jagellon, «Dios no lo permita,» sin dejar hijos, no podrá elegirse rey de Polonia sin dar aviso y tomar consejo de Witold y de los lituanos, subsistiendo siempre inquebrantable la unión.

(1) Obras de Ranke: *Historia de Prusia*, tomo I, pág. 71.

(2) Véase: *Historia de Rusia*, pág. 291.

(3) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 27, y *Codex Vitoldi*, núm. 235.

(4) El *sine dolo et fraude* recuerda las palabras rusas: *Bes wozjakoi chitrosti*, que en igual caso consignaban los documentos rusos. El idioma de la cancillería lituana era el ruso.

En un documento de la misma fecha robusteció Witold su dependencia feudal de Jagellon y renunció a heredar su soberanía. Ambos Estados robustecieron su posición por medio de las claras disposiciones de este tratado, y Polonia especialmente podía felicitarse por haber puesto fuertes límites a la ambición de Witold. Polonia salía, además, ganando bajo otro concepto: la colonización polaca se había ido arraigando en la Rusia Roja, y con ella tuvo Jagellon ancho campo para satisfacer la codicia de los magnates de la Pequeña Polonia, a poder de los cuales fueron a parar bienes cuantiosísimos. Allí se establecieron los Melsztynski, Gorajski, Kurozwecki, Turli y Kmity, siendo bastante fuertes para defender sus fronteras contra los ataques de los tártaros.

Ya se comprenderá que la orden teutónica y los dos luxemburgueses de Bohemia y de Hungría seguían con gran interés este movimiento. Los sucesos del interior y el desenvolvimiento de la política del Occidente de Europa impedían a estos últimos dirigir sus fuerzas contra el peligroso enemigo de Oriente y en cuanto a la orden, que comprendía perfectamente la gravedad de la situación, los esfuerzos de mediación que los de Bohemia y Hungría habían hecho, movidos por motivos egoístas y ambiciosos, mas la habían perjudicado que favorecido. El tratado de 1401 había destruido toda posibilidad de utilizar a Witold contra Jagellon ó a éste contra Witold: el Papa, además, había prohibido a la orden que luchara contra Lituania. La paz del año 1404, por la cual la orden entregó a Polonia el territorio de Dobrin mediante devolución de la suma hipotecada, no podía ser duradera, haciéndose inevitable una lucha de vida ó muerte. La reina Eduvigis, que mientras vivió mantuvo en lo posible la paz, había fallecido en 1398: el obispo de Cracovia que tenía sobre ella gran ascendiente, perdió su influencia, quedando decidida la cuestión cuando la preponderancia en el real Consejo pasó a manos de Wojciech Jastrzebieki, obispo de Posen, íntimamente ligado con Witold y jefe del partido de la guerra.

La orden se encontraba casi sola: por medio de grandes sacrificios pecuniarios había podido firmar un tratado de alianza con el rey Segismundo, pero éste solo se comprometía a ayudarla en el caso de que Jagellon la atacara con tropas no católicas: en cuanto al rey Wenceslao no había hecho más que servir a la orden de mediador amistoso. Era la ocasión de ver si el Estado militar-religioso del Báltico, con la ayuda de los muchos mercenarios por él contratados, sería bastante fuerte para combatir a la gran potencia de Oriente. A principios del año 1409 las relaciones habían llegado a un estado tal de tirantez, que en el momento menos pensado podía ocurrir el rompimiento. Este fué motivado aparentemente por Samait, que, poco afecta a la orden, se rebeló abiertamente, organizada y apoyada por Witold. Ya se comprenderá que Jagellon no era ajeno a todo esto, y si bien ofreció su mediación, manifestó que la guerra de la orden contra Lituania significaría la guerra contra Polonia. Esto motivó, en 6 de agosto de 1409, el rompimiento y ya a mediados del mes las tropas de la orden acamparon en Dobrin, territorio que fué rápidamente subyugado. El ejército polaco no llegó hasta el mes de setiembre, y la lucha inminente quedó por poco tiempo suspendida por la mediación del rey Wenceslao de Bohemia. Ambas partes se comprometieron a observar una paz constante, firme, inquebrantable y cristiana hasta el próximo día de San Juan, debiendo entretanto el rey Wenceslao dictar la sentencia arbitral que resolviera la cuestión entre ambos contendientes. Jagellon prometió no prestar auxilio alguno a los samaitas y demás infieles, pero en el tratado no se hablaba para nada de Witold y nadie creía en una verdadera paz nacida de aquel arbitraje. Aquello no era

mas que un armisticio convenido entre ambas partes para entrar luego con mayores fuerzas en la lucha decisiva. La orden destinó grandes sumas para conseguir de Wenceslao una decision á ella favorable, y cuando en febrero de 1410 se dictó la sentencia, resultó ésta tan parcial que los comisarios polacos indignados se retiraron de Praga. Al enviar la orden sus emisarios á Breslau para obtener de Jagellon el reconocimiento de aquella sentenía, los polacos, «por amor á su señor, no quisieron aprobarla ni aceptarla,» decidiendo por el contrario «luchar con el maestre para perder y acabar por completo con la orden (1).» La lucha no se hizo esperar: la sentencia de Wenceslao habia dado á la orden una carta con «dos sellos,» pero no le habia producido ninguna ventaja real, antes bien el rey Jagellon, que tan amante se habia mostrado siempre de la paz, al ver la parcialidad de la sentencia se habia apercibido decididamente para la guerra. Los preparativos por ambas partes fueron tan grandes como se lo permitian sus respectivas fuerzas. La organizacion militar que Casimiro habia dado al Estado polaco unida á la fuerza guerrera de Lituania eran un terrible enemigo que á la sazón se alzaba frente á frente de la orden.

Por mediacion de Segismundo de Hungría prolongóse el armisticio por diez dias. Ya en 30 de junio habíanse reunido en Ezerwinsk, junto al Vístula, las tropas polacas con las lituano-rusas. El plan de guerra de Polonia consistia en llegar por la línea mas corta á Marienburg, capital del enemigo: el 9 de julio encontramos ya á Jagellon en territorio de la orden, cerca de Lauternburg, mientras ésta habia levantado su campamento de Kavernik, en la orilla izquierda del Drevenz. Los adversarios se encontraban á tres leguas uno del otro. El ejército polaco marchó entonces hácia el Este, no por miedo de un encuentro, sino para envolver las posiciones de la orden. Un mensajero del rey Segismundo que llevaba la declaracion de guerra de Hungría apenas fué atendido, pues se sabia perfectamente que no pasaria de las palabras y en todo caso existia el convencimiento de que Hungría no podria influir para nada en la decision del momento. Entretanto, la orden habia abandonado su campamento y en la mañana del 15 los ejércitos enemigos se encontraron frente á frente en Tannenberg. No es posible determinar el número de las tropas de uno y de otro, pues los contemporáneos han dado sobre el particular datos exageradísimos; solamente puede afirmarse que las tropas de la orden no pasaban de la mitad de las del enemigo. Lo único que sobre éste tenia de superior aquella era la artillería, pero no la pudo utilizar en el combate cuerpo á cuerpo que circunstancias desfavorables llevaron consigo. Tambien la pesada caballería de la orden era superior á los jinetes lituano-polacos; pero en cambio los contingentes de la nobleza del país no ofrecian mucha confianza y tampoco habia que fiar mucho en la infantería prusiana. Segun la organizacion de la orden, el golpe decisivo quedaba á cargo de su pesada caballería, y además merece consignarse que el maestre Ulrich de Yungingen tenia todas las condiciones de un valiente caballero pero carecia de las de un gran general.

El ejército lituano-polaco, dirigido por el rey, estaba mandado en su ala izquierda por Witold y en su ala derecha y centro por Zyndram de Maszkowice, el porta-espada de Cracovia. Eran dos ejércitos distintos, unidos tan solo para la batalla, y esto se traducia por la doble consigna de *Wina* para los lituanos y *Cracovia* para los polacos.

En estos ejércitos, segun la reforma militar del rey Casimiro, la caballería pesada constituía un excelente núcleo;

(1) *Codex Vitoldi*, núm. 440. Carta del maestre fechada en Marienburg, en 20 de mayo de 1410.

pero formaba la fuerza principal la caballería ligera, compuesta de lituanos, rusos y tártaros, á cuyo cargo estaba decidir la accion, porque por el gran número de jinetes podia entrar en el combate cada vez con tropas de refresco. Sucedia además otra cosa: la orden, siguiendo su táctica, empleaba un sistema desusado ya y fundado mas bien en el valor personal de cada uno que en la eficacia de las masas; pero en el ejército lituano-polaco se juntaban los dos sistemas, el de los tártaros, casi instintivo y adoptado por los lituanos y rusos, cuyas excelencias se habian probado en distintas ocasiones, y la tradicion caballeresca, personificada en las hermandades aristocráticas polacas. No sabemos si Jagellon era quien en persona dirigia, ó si la direccion del combate estaba confiada á una especie de Estado mayor general. Lo cierto es que tampoco bajo este concepto estaba la superioridad de parte de la orden.

No nos es dado hacer aquí una descripcion detallada de aquella sangrienta batalla, tan funesta para la orden. Ulrich de Yungingen dejó pasar el momento oportuno para el ataque, que no se dió hasta que el ejército lituano-polaco se hubo puesto en orden de batalla. Un primer triunfo conseguido sobre el ala izquierda fué mas perjudicial que ventajoso, pues las tropas vencedoras de la orden se alejaron tanto en la persecucion del teatro principal de la accion, que cuando regresaron la batalla estaba ya decidida y se vieron envueltas y aniquiladas por las fuerzas enemigas, muy superiores á ellas. Witold pudo reparar con las inagotables masas del centro las pérdidas que habia sufrido; así es que cuando aquellas fuerzas de la orden regresaban entre aclamaciones de victoria, se encontraron completamente separadas de los suyos.

Entretanto, habíase luchado con encarnizamiento en el centro y cuando las tropas de la orden comenzaron á vacilar ante los refuerzos que de continuo recibia el enemigo, el maestre intentó decidir el combate por medio de un violento ataque, pensando que con su caballería escogida podria derrotar al ejército polaco y apoderarse de la persona de Jagellon. En efecto, éste estuvo en gravísimo peligro, pero una lanzada de Zbignieff Olesnicki, secretario de la cancillería del reino y hombre á quien ya no perderemos de vista, le salvó la vida. La columna mandada por Ulrich de Yungingen habia avanzado hasta el punto en donde estaba la bandera polaca, cuando cayeron muertos primero el maestre, luego el mariscal de la orden y con él la mayor parte de los jefes, que habian sido envueltos por el enemigo. A los que sobrevivieron les faltó el valor y cuando buscaron su salvacion en una fuga precipitada, púsose detrás de ellos en movimiento el formidable ejército contrario, pisoteando y matando todo cuanto á su paso encontraba. Antes de que el sol se pusiera, la suerte de la orden estaba decidida. El poderoso ejército que habia llevado á la lucha quedaba destrozado, «el rey de Polonia era dueño del territorio del Vístula y únicamente de su voluntad y de las circunstancias que la determinaban dependia que la orden subsistiera ó no (2).»

No deja de ser interesante el ver cómo describe el rey Jagellon el éxito de aquella jornada. El dia despues de la batalla escribió á su segunda esposa Ana y al obispo Alberto de Posen, á una y á otro en análogos términos (3). La carta á la reina Ana decia:

«Noble princesa, ilustre y querida esposa:

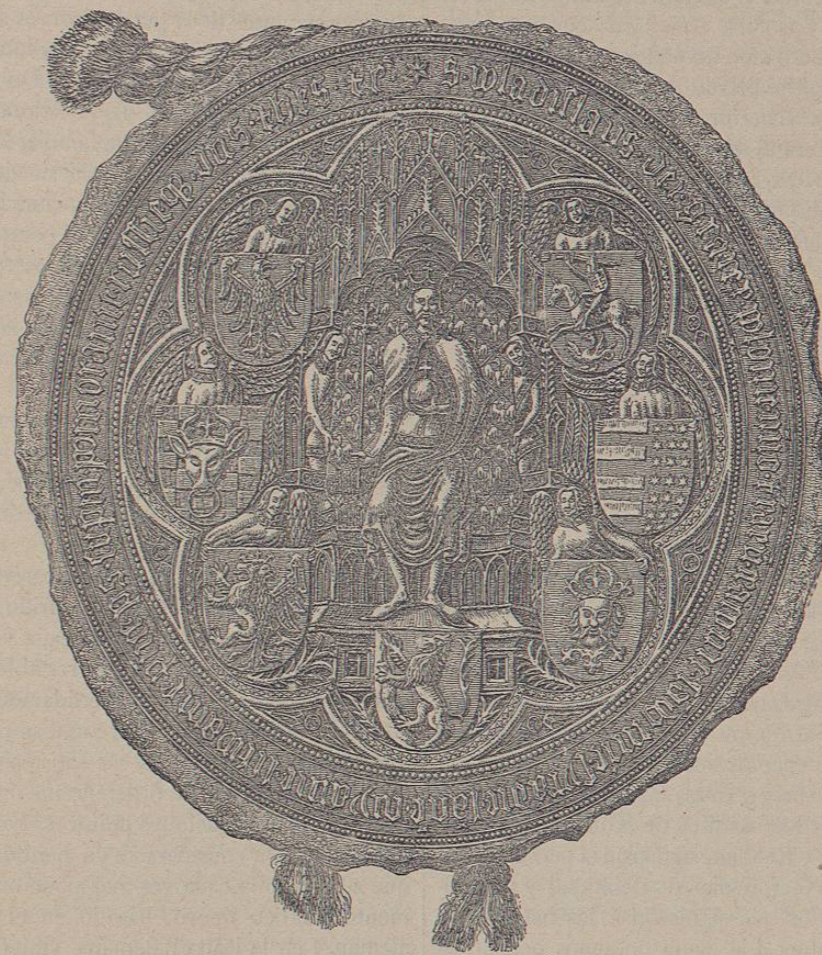
»Desde que de vos nos separamos, el Creador del cielo y de la tierra nos ha favorecido á mí y á los nuestros constantemente con su gracia y nos ha mantenido tan sanos como pudiéramos desear. Desde que, bajo su proteccion, pisamos

(2) Ranke: *Historia de Prusia*, tomo I, pág. 72.

(3) *Ser. Rer. Pruss.*, tomo III, págs. 425-427.

el territorio enemigo, nos hemos apoderado sin resistencia de todas las ciudades contra las cuales marchábamos para tomarlas. El martes, dia de la separacion de los Apóstoles, se aproximó el maestre de la orden con todas sus tropas á nuestro ejército para entablar la lucha. Oimos la Santa Misa y despues de haberla oido rezando, volvimos con todo nuestro ejército al campo de batalla, pusimos en orden nuestras tropas y, despues de haberlo preparado todo, nos aprestamos para el combate.

»Cuando estuvimos á la vista el uno del otro, el maestre de la orden y el mariscal nos enviaron á mí y al ilustre príncipe, nuestro querido hermano Witold, un heraldo para que nos entregara dos espadas y nos dijera: «Sabed, rey y Witold, que en esta hora lucharemos contra vosotros y os enviamos como presente estas espadas para ayudaros. Dejad que nosotros elijamos el campo de batalla ó elegidlo vosotros mismos.» A esto contestamos muy tranquilamente: «Hemos recibido las espadas que nos habeis enviado y en nombre de Cristo,



Sello real de Wladislaw Jagellon.

Estampado en cera con cordones de seda verde y encarnada en un documento de 1388. En un trono precioso y bajo un dosel gótico ricamente adornado y en forma de portal está sentado el rey con la corona en la cabeza, la bola del imperio en la mano izquierda y el cetro en la derecha. Detrás del rey, dos guardias de corps sostienen un respaldo atalado y adornado con águilas. Alrededor del trono hay siete escudos sostenidos todos por ángeles, á excepcion del de Reuss, que está á los piés del rey. A la derecha, hay (1.º) el águila coronada de Cracovia, que mira á la izquierda; (2.º) el toro coronado de Kalisz sobre un campo de cuadros; (3.º) la media águila y el medio leon coronados de Cuyavia; (4.º) debajo, el leon que sube una montaña, que constituye el escudo de Reuss; á la izquierda, vemos (5.º) el escudo de Dobrin, que es una cabeza de rey, coronada por arriba y por abajo, con dos cuernos; (6.º) el de Sandomir, que es un escudo dividido verticalmente en dos mitades, la de la derecha con cuatro fajas horizontales y la de la izquierda con siete hileras que contienen veinte estrellas; (7.º) el del gran ducado de Lituania, que contiene un jinete que cabalga á la derecha, pasando por encima de un dragon, lleva un casco puntiagudo y sostiene con la mano izquierda un escudo con una doble cruz y con la derecha una espada. La inscripcion dice: S. WLADISLAUS. DEI. GRA. RER. POLONIE. NNAN (nec). TRARU (Terrarum). CCOUIE (Cracovie). SADOWIE (Sandomirie). SYRADIE. LACIE (Lancie). CUYAVIE. LITUANI. PNCEPS. SUPM (supremus). POMORANIE. RUSSIEQS. DNS. TH' ES. TC' (et heres). (Segun Vossberg.)

que pisotea la cerviz de los orgullosos, lucharemos contra vosotros. No podemos ni queremos señalaros campo de batalla; lucharemos con vosotros en el sitio que el Señor se digné, en su bondad, indicarnos.» Despues de esto y sin pérdida de momento enviamos al campo á nuestro ejército bien ordenado, como he dicho; comenzamos la lucha contra los enemigos y les causamos innumerables bajas sin pérdida alguna importante de nuestra parte, lo cual se debió no á la fuerza de nuestro brazo ni al número de nuestros guerreros,

sino únicamente á la ayuda del Señor, que nos ha facilitado siempre fuerza y virtud.

»Dimos muerte al gran maestre, al mariscal, á los comandadores de Schwarzburg y Elbing y á muchos otros comandadores de la orden é hicimos huir á los demás, persiguiéndolos y alcanzándolos por espacio de dos leguas, de suerte que muchísimos de ellos perecieron ahogados en los lagos y en los rios y muertos por nosotros los demás, siendo muy pocos los que lograron salvarse.